

El éxtasis de la lectura

La lectura es un hábito solitario. Me gusta leer solo, aislado, encerrado en una habitación, sin ninguna conexión con el exterior. Leer me sigue produciendo una intensa emoción que supera a la de cualquier otro arte, incluida la música.

Recuerdo la turbación que me produjo el desmesurado amor de Swann por Odette en la *recherche* proustiana. Yo acababa de sufrir el final de una relación con el mismo sentimiento de desesperación que experimenta el personaje.

Hay un pasaje en el que un veterano de guerra apunta en un desfile militar que Odette había ejercido la prostitución cuando Mac Mahon era presidente de la República. Ese cruel comentario reflejaba la dimensión de la tragedia de Swann, amigo del príncipe de Gales y árbitro de la moda parisina. Era una forma de decir que lo había apostado todo por un amor vulgar, que le había hecho profundamente infeliz. Esas palabras me dejaron noqueado. ¿Acaso no es ese el sino de las grandes pasiones?

El amor se expresa mucho mejor en los libros que en la pintura, el cine, el teatro o la música. Y el amor es el tema

que subyace en las obras de Tolstoi, Balzac, Dickens o Dostoievski. Estos autores eran populares en el siglo XIX y sus entregas llegaban al gran público. No había entonces ninguna diferencia entre lo clásico y lo popular.

Esto me lleva a pensar que estamos asistiendo a la muerte de la lectura, que era esencialmente un hábito burgués, que requería tiempo, soledad y capacidad de abstracción. No digo que hoy no se escriban buenos libros, pero son para élites. La comunión que reinaba entre el público y los grandes autores ya no existe.

Siempre he creído que la lectura es una costumbre absolutamente inútil. Se lee sin ningún propósito, lo mismo que se mira a las nubes o se pasea por un bosque. Hay que dejar que la letra impresa vaya penetrando en el espíritu sin ninguna resistencia ni prejuicio.

En una época dominada por las prisas y la idea de la utilidad, hay muy poca gente que lee por placer, por el gusto de sentir el tacto del papel y disfrutar de una frase como las de Flaubert en *Madame Bovary*, que exprime el lenguaje como un limón.

Un amigo me dijo una vez que no se podía entender a Nietzsche si no se leía en el idioma original. Tal vez sea cierto, porque las expresiones son el pensamiento. Hay muchos matices que se escapan en la traducción. Pero hay una relación íntima entre el autor y el lector, que es quien realmente crea la obra al abrir sus páginas.

Leer hoy es un anacronismo, un vicio pecaminoso, un acto de onanismo. Quizás sea uno de los últimos gestos de rebeldía ante la invasión de estulticia que soportan nuestros sentidos. Sí, la lectura ha muerto y nunca va a resucitar en este mundo apocalíptico del siglo

XXI en el que los predicadores han sustituido a los escritores.

La lectura ha muerto, pero nos quedan los libros. Polvorientos, olvidados, ocultos tras los anaqueles, pero están ahí. Siempre disponibles. En un mundo donde impera la lógica de la rentabilidad y la obsesión por lo práctico, no deja de ser una bella paradoja que el Premio Princesa de Asturias de Humanidades recayera en 2023 en el profesor Nuccio Ordine, autor de *La utilidad de lo inútil*. Murió poco antes de recogerlo.

Por supuesto, coincido con su reivindicación de las letras y las humanidades, que son útiles en su inutilidad. No hay contradicción: su utilidad no es práctica, pero sí alimenta nuestro espíritu. También pueden ser de ayuda para desarrollar un buen trabajo científico o para formular nuevos modelos físicos o matemáticos sobre la realidad. El mejor ejemplo de esta afirmación es Einstein, cuya indagación le llevó a plantearse preguntas sobre la existencia de Dios y el origen de la materia.

Una de las causas de la mediocridad y el sectarismo que invade nuestra vida política es, a mi juicio, el progresivo deterioro de la enseñanza de disciplinas como la historia, la literatura, el arte y la filosofía en el sistema escolar. Esta degradación hace que los ciudadanos sean no solo mucho menos cultos y capaces de entender su entorno, sino que acrecienta su grado de sumisión al poder.

Los seres humanos son cada vez más tontos, como ha revelado un reciente estudio, pero no por su menor inteligencia, sino porque la educación y los medios audiovisuales incrementan su pasividad y les hacen dependientes de los estímulos exteriores.

Las personas que no leen y que desprecian a los clásicos, desde Homero a Shakespeare, no solo se pierden un legado esencial para comprender lo que somos y de dónde venimos, sino que además desdeñan un placer estético que todo el dinero del mundo no puede comprar. La emoción de escuchar a Bach es una cuestión de sensibilidad, no de fortuna.

Puedo decir por experiencia personal que mi querencia por las letras y las humanidades me ha servido para entender el entorno y para tomar mejores decisiones. Y, sobre todo, para captar las motivaciones de la gente y la complejidad de las emociones. Esto se aprende en los libros o en el arte tanto como en la vida. No hay dicotomía entre ambas esferas.

No creo que sea posible alcanzar elevadas cotas en cualquier profesión si no se dispone de la perspectiva histórica y humanística para ejercerla. Un médico será mucho mejor, como sostiene Ordine, si ha estudiado por vocación que por ganar dinero.

Lo inútil acaba siendo lo más útil, lo que parece superfluo lo más necesario, la connotación es tan importante como la denotación. Como decía Albert Camus, la única pregunta relevante es si la vida tiene sentido y la respuesta no se puede hallar en una ecuación matemática, pero sí en los libros.

Desde que era adolescente y empecé a leer a Descartes y a Teilhard en el colegio de los jesuitas donde estudiaba el bachillerato, la cuestión del sentido ha estado muy presente, diría que incluso de forma obsesiva, en mis pensamientos cotidianos. Expresado con otras palabras, he padecido la enfermedad de la trascendencia y no he podido jamás curarme.

En la recta final de mi vida, sigo sin hallar una respuesta. Sigo teniendo la impresión de estar perdido en un mundo inabarcable en el que cada cosa que aprendo suscita nuevas preguntas. Los hallazgos científicos sobre el universo me dejan perplejo. La lectura diaria de los periódicos me asombra. Y los libros me ponen ante la evidencia de las limitaciones de todo saber.

La frase socrática de que solo sé que no sé nada me parece una evidencia. La incertidumbre rige nuestras vidas y el azar guía nuestros destinos. Por eso, me siento cada vez más distante de quienes se creen en posesión de la verdad y dan lecciones de cómo hay que comportarse a los demás.

Apuntaba Henry Miller que es necesario dar un sentido a la vida precisamente porque no tiene sentido. Esto me parece una tautología. Lo sustancial es la variedad de respuestas a la pregunta. Muchas personas están convencidas de que existe una realidad suprema llamada Dios y otras solo creen en lo material.

Ignoramos a dónde conduce el final del camino, pero eso no nos impide andar. Lo esencial son los pasos, no la meta. Camus aseguraba que el sentido está vinculado a la rebeldía contra la injusticia y la lucha por la libertad. Bellas y consoladoras palabras, pero no podemos evitar la adversidad ni cambiar nuestro destino ni tampoco solucionar muchos de los males de este mundo.

Confieso que no me gusta leer los llamados *best sellers*, pero no por una cuestión ideológica, sino porque se me caen de las manos. Por el contrario, los clásicos nunca envejecen y nos enseñan a responder a esas grandes preguntas. Es el caso de los *Ensayos* de Montaigne, escritos hace

cuatro siglos, que hojeo algunas noches antes de dormir-me. Me sorprende y me fascina que muchas de sus reflexiones sean tan actuales. Lo que demuestra que la naturaleza humana ha cambiado muy poco.

Todo está en los clásicos, pero la verdad es que no los leo para aprender o para conocerme mejor, sino por el placer de acariciar sus páginas, sentir el tacto del papel y deleitarme con sus frases. Cuando estudiaba griego en el Bachillerato de letras, intenté traducir *La Odisea* de Homero. El empeño era imposible, pero memorice algunas de sus frases, como su impresionante comienzo: “Andra moi ennepe, Musa, polytropon”, que se podría traducir como “Canta, Musa, al hombre que dio muchas vueltas”. Ese hombre era Ulises, castigado por los dioses a un interminable viaje de vuelta a Ítaca junto a Penélope. Ulises somos todos, todos viajamos por la vida sacudidos por la desventura y el cruel azar.

Casi treinta siglos después del libro de Homero, el irlandés James Joyce escribiría otro libro maravilloso, recreando la vida de Leopoldo Bloom durante veinticuatro horas en Dublín. Se ha dicho que el texto de Joyce es ilegible, pero yo creo que lo hay que hacer es dejarse llevar por su prosa que tiene un poder hipnótico.

Mutatis mutandis, lo mismo me sucedió al leer *Rayuela*, el libro de Cortázar. Pasaba de una página a otra en trance. No pensaba. Dejaba que las palabras fluyeran hacia el interior. Siempre que paseo por las orillas del Sena en el Barrio Latino de París, rememoro a La Maga, a Charlie Parker y a aquellos seres bohemios y desarraigados que vivían en aquella ciudad en la que yo viví a mediados de los años 70. Sí, París era una fiesta,

como escribió Hemingway. Sobre todo, porque éramos jóvenes y estábamos ansiosos de nuevas experiencias.

Fue en esa época cuando descubrí a Sartre y a Camus. Compraba sus obras en La Joie de Lire, la librería de Maspero en la rue Saint Severin, donde la gente robaba los libros porque el dueño no avisaba a la policía. Nunca robé un libro. Me parecía un sacrilegio, aunque yo era pobre y estaba sediento de cultura.

Fue entonces cuando me embarqué en *El ser y la nada*, con el que peleé durante meses, pero valió la pena. Sigo pensando que, junto a *Ser y tiempo* de Martin Heidegger, es la contribución más importante a la historia de la filosofía del siglo XX. Lo curioso es que yo vivía en la rue de Vaugirard, esquina con los Jardines de Luxemburgo y la rue Bonaparte, y vi una noche de invierno a Sartre con Simone de Beauvoir paseando por el barrio. Iban cogidos del brazo y llevaban gruesos abrigos para protegerse del frío.

También Albert Camus ha formado parte de mi horizonte existencial, sobre todo porque siempre le he considerado una referencia ética. Fue un intelectual de una lealtad inquebrantable. Nunca tuvo que desdecirse de ninguna de sus afirmaciones. Por el contrario, Sartre se equivocó muchas veces, aunque tuvo la lucidez de rectificar. Digamos que Camus fue un ejemplo en el aspecto humano y que Sartre fue un pensador bajo cuya sombra he crecido.

Pero volvamos a la literatura, aunque no soy capaz de distinguir la literatura de la filosofía porque siempre he creído que los grandes escritores son filósofos y los grandes filósofos son, sobre todo, creadores de lenguaje. Sin exagerar, puedo decir que he vivido otras vidas leyendo a

los novelistas del siglo *XIX*, entre los cuales, destaco a Dostoievski, al que devoré con fervor cuando era joven. Ya de adolescente, leía a Tolstoi, a Chejov, a Turguenev. Mi padre me reñía y me decía que me iba a volver loco.

Y seguramente tenía razón, porque los libros me han vuelto loco. He desdeñado en muchas ocasiones la vida social y la compañía de los demás para poder leer. Me he sumido en los duros inviernos de Rusia y la Revolución Bolchevique al leer a Pasternak, he suspirado por el amor de la marquesa de Sanseverina al sumirme en las páginas de Stendhal, me he creído un detective de la época victoriana al devorar las hazañas de Sherlock Holmes, he sentido la nostalgia de Lisboa al paladear la triste prosa de Pessoa y me he sentido atrapado por la pulsión de recorrer las calles de Chicago al toparme con Saul Bellow.

Espero que los lectores disfruten de este libro y que mi pasión les sirva para releer o descubrir los textos de los clásicos, que son verdaderas “iluminaciones” al igual que las iglesias, los edificios, las canciones y los cuadros que han hecho mejor mi vida. Como decía Paul Klee, “el arte no reproduce aquello que es visible, sino que hace visible aquello que no lo es”. Siempre nos quedarán los libros y la belleza para consolarnos en esta vida cada vez más insoportable.

Concluyo este prólogo con una reflexión que puede parecer demasiado abstracta, pero que enlaza con todo lo dicho. Abrumado por el afecto de amigos y compañeros, me ha sacudido en los últimos meses un sentimiento de nostalgia, surgido de la conciencia del paso implacable del tiempo. He cumplido 68 años y no puedo ignorar que he entrado en la recta final de la vida.

Lo que importa no es tanto el lugar en el que uno se encuentra como el camino por el que ha llegado. Lo malo y lo bueno, la alegría y la tristeza, los éxitos y los fracasos forman parte de un trayecto que no hemos podido elegir, en el que casi todo nos ha venido dado por el azar y el destino. Lo que de verdad ha merecido la pena es vivir esos momentos.

Me pedía un querido colega que describiera mi mejor recuerdo y le respondí de forma espontánea que todas las imágenes del pasado se confunden en mi cabeza. Como en un caleidoscopio en el que se combinan los cristales de colores. El tiempo lo asimila todo de tal forma que las contradicciones dejan de serlo y se muestran como parte de un proceso cuya lógica es inexplicable.

Estoy entrando en el terreno de la mística y no quiero hacerlo. Siempre me he considerado un cartesiano, convencido de que todo tiene una explicación racional. Pero cada vez tengo más la impresión de que mi vida ha sido movida por una mano invisible cuyos dictados han sido caprichosos.

Apuntaba Heidegger que somos seres arrojados al mundo. Así es. No podemos elegir ni cuándo ni dónde nacemos. Y tampoco muchos de los acontecimientos que marcan nuestras vidas, como la enfermedad o la muerte de seres queridos. Estamos inermes ante fuerzas que no controlamos.

Lo que quiero decir es que no tiene sentido arrepentirse o pensar que uno podría haber sido más feliz o tomado mejores decisiones, porque todo forma parte de un devenir que nos arrastra y que nos lleva de un sitio a otro como la corriente de un río. No es posible vencer a la fuerza de las aguas.

No puedo evitar una mezcla de asombro y desconcierto al mirar hacia el pasado. Y tampoco la frustración de no haberme dado cuenta de que lo esencial no era la meta sino las etapas del recorrido. Nada importa lo que somos, sino como hemos llegado a serlo, como hemos vivido lo que nos ha pasado.

No somos libres de construir nuestra biografía ni de determinar nuestra identidad, como sostenía Sartre, pero sí podemos elegir el sentido de las cosas. En eso consiste existir. En mirar la realidad con la experiencia única e irrepetible de nuestros ojos. Es lo que vale la pena y lo que queda: un breve destello en el eterno curso del tiempo. Incluso los libros que amamos también algún día serán ceniza en ese devenir que lo traga todo.

Pedro G. Cuartango
Madrid, diciembre 2023

El tiempo atrapado

El matrimonio Arnolfini, el cuadro de Jan Van Eyck, refleja la forma de vivir y los valores de la Flandes del siglo XV

Cuenta Patty Smith que un buen día decidió cruzar el Atlántico para contemplar el *Políptico* de los hermanos Van Eyck en la catedral de San Bavón de Gante en el que se representa la adoración del Cordero Místico. Viajó miles de kilómetros para ver las tablas al óleo durante varias horas, oculta en la penumbra del templo.

No hace falta ir tan lejos para disfrutar de *El matrimonio Arnolfini*, el cuadro concebido por el pintor flamenco Jan Van Eyck en 1434 tras la muerte de su hermano Hubert. Está en la National Gallery de Londres desde 1842. Lo descubrí por azar hace tres décadas y me produjo una impresión indeleble. La representación tiene un poder hipnótico del que es imposible escapar.

El cuadro estuvo en Madrid durante siglos, ya que perteneció a Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano, gobernadora de los Países Bajos, hermana de Felipe el Hermoso y casada con Juan de Aragón y Castilla. Se sabe que los franceses se lo llevaron de España en 1813 y que, tres décadas después, apareció en la capital británica. Probablemente un aristócrata inglés se hizo

con él en la desbandada del Ejército napoleónico al retirarse.

Como si estuviera mirando por el ojo de una cámara, el espectador observa al matrimonio Arnolfini en una estancia en la que los objetos revelan la elevada posición social de los cónyuges. Ambos posan en su casa de Brujas, a donde el mercader Giovanni Arnolfini ha emigrado desde su Lucca natal. Junto a él aparece Giovanna su esposa, que se deja coger la mano por su marido.

La mayoría de los estudiosos de la obra coincide en que Van Eyck inmortaliza la celebración del sacramento matrimonial, pero no falta quien apunta que se trata de un homenaje a su primera esposa, que había fallecido un año antes. No podemos saber quién tiene razón.

La escena conyugal está iluminada por la luz que surge de una ventana que deja vislumbrar un patio con un cerezo. Velázquez se inspiró en Van Eyck al pintar *Las meninas*, en el que aplica la misma técnica. Pero si el genio sevillano se coloca en el centro de su representación, Van Eyck es apenas una sombra, uno de los dos reflejos que aparecen en el espejo. El otro puede ser el sacerdote que oficia el matrimonio. En la pared, el autor firma con su nombre y la fecha de su creación.

La figura dominante del retrato es Giovanni Arnolfini, vestido con una elegante túnica de color ocre y cubierto con un gran sombrero. Coge delicadamente la mano de su esposa, que baja los ojos en gesto de sumisión. Va ataviada con un llamativo traje verde y lleva un exquisito bordado blanco sobre su cabeza. Tiene rasgos delicados y una piel blanquecina, siguiendo el canon de la época sobre la belleza femenina.

Ella parece embarazada, pero no hay que interpretar literalmente su significado porque el abultamiento del vientre era una forma de representar el atributo de la maternidad y el papel reservado a la mujer, centrado en las tareas del hogar y la educación de los hijos.

Por encima de las manos enlazadas, se halla el espejo, con diez escenas de la Pasión de Cristo en miniatura en el marco de madera, que nos ofrece una visión total de la sala donde se despliega el cuadro de Van Eyck. A los pies de la dama, hay un perro que simboliza la fidelidad conyugal, aunque también es un signo del elevado rango social de la pareja, al igual que la alfombra.

En la parte inferior de la obra, podemos ver un par de sandalias, una moda que solo se podían permitir las familias más ricas. Y aparecen sobre una mesa algunas naranjas que entonces eran un bien caro y escaso, solo al alcance de las élites.

Llama la atención que ambos están colocados delante de una cama, algo que no era inusual en las estancias de Flandes en el siglo *XV*. Las mujeres solían sentarse en el lecho con sus hijos recién nacidos para recibir a las visitas. La cama es también el lugar donde se nace y se muere, una alusión a la temporalidad de la existencia.

Podemos observar también varios rosarios junto al espejo, lo que resalta la importancia de la oración y de la virtud, especialmente en la esposa. En el cabezal de la cama, se ve una mujer con un dragón a sus pies, una alusión a santa Margarita, patrona de los partos.

No hace falta, sin embargo, contextualizar la iconografía del trabajo de Van Eyck porque su principal virtud es que atrapa al espectador y le sumerge en un

momento del tiempo. Tenía el encargo de complacer a un rico mercader y lo que hizo fue representar una época y un modo de vivir que han quedado plasmados en esta impercedera obra de arte.

Por la gracia divina

Aretha Franklin grabó un concierto de góspel en una iglesia de Los Ángeles en 1972, filmado por Pollack y rescatado tras su muerte

Aretha Franklin murió el 18 de agosto de 2018 tras una larga carrera jalonada de éxitos y de reconocimiento. Pero hubo que aguardar hasta después de su fallecimiento para disfrutar del que fue no solo su mejor concierto, sino además uno de los momentos estelares de la música del siglo XX. “Un diamante salido de la cápsula del tiempo”, escribió Owen Gleiberman, crítico de *Variety*.

Así es, porque hubo que esperar más de 36 años para rescatar la grabación realizada por Sidney Pollack en enero de 1972 en el New Temple de Los Ángeles, iglesia bautista y catedral del góspel. Pollack no pudo sincronizar las decenas de horas grabadas por un problema técnico y tiró la toalla. Fue en 2006, poco antes de su muerte, cuando aceptó que Alan Elliott reconstruyera y editara el material archivado por el realizador. El trabajo concluyó dos años después. Pero surgió un nuevo contratiempo inesperado: Aretha no dio su consentimiento. Pidió una suma desorbitada por los derechos y la filmación volvió al cajón hasta que sus herederos consintieron en su difusión. Hoy podemos deleitarnos con 86 minutos de aquella

histórica sesión, disponible en Prime Video, TVE Play y otras plataformas.

Cuando Aretha grabó aquel álbum en Los Ángeles ya había conseguido colocar once temas suyos como número uno en las listas estadounidenses. Tenía 29 años. Pero el evento no era un simple concierto ni el lanzamiento de un nuevo disco. Era una celebración religiosa en un templo, un acto de carácter íntimo y personal, ya que ella era hija de un pastor que la había educado en la tradición del góspel.

Así nació *Amazing Grace* ante los cientos de espectadores que llenaron la iglesia durante dos noches. Entre ellos, Mick Jagger. Vemos en el documental a un público que llora, que baila, que canta, que grita y que se estremece ante la increíble voz de Aretha, acompañada al piano por el reverendo James Cleveland, por un coro de California y por un grupo de músicos como el batería Bernard Purdie, el guitarrista Cornell Dupree y el bajista Chuck Rainey.

La grabación empieza con la entrada del coro a ritmo de góspel atravesando el pasillo del templo. Van vestidos con un llamativo chaleco de color plata y se sientan detrás del púlpito. Acto seguido, aparece Aretha, iluminada por los focos, ataviada con una túnica blanca y visiblemente impresionada. Es Cleveland quien la presenta con estas palabras: “Queremos que participéis y que os impliquéis en cuerpo y alma. Esta noche asistiréis a algo emocionante”. Y así fue. Porque la cantante de Memphis logró llegar al alma de los espectadores y, lo que es más difícil, de quienes disfrutaron de la grabación medio siglo después.

“Te parecerá estar contemplando el rostro de Dios si ves este documental”, afirma un periodista de la revista

Rolling Stone. Y no es una exageración porque es imposible no emocionarse al escuchar “Holly, Holly”, una composición de Marvin Gaye o “Amazing Grace”, el viejo himno popularizado por Mahalia Jackson a finales de los años 40 y también interpretado por Elvis Presley.

Elliott ha tenido el acierto de ensamblar este documental sin artificio alguno, sin más pretensión que captar las reacciones de un público entregado, que se convierte en el verdadero protagonista del trabajo de Sidney Pollack. Se le observa filmando entre los asistentes y charlando con los músicos, siempre concentrado en la grabación, encargada por la Warner. Al fondo, la imagen de Cristo durante su bautismo, emergiendo de las aguas azules del Jordán, que preside el templo.

Un escenario en el que se debió sentir muy a gusto con la presencia de su padre, que en un determinado momento subió al pulpito aquella noche para resaltar las virtudes de su hija, la reina del soul, que obtuvo el récord de 18 premios Grammy y fue la primera mujer en entrar en el Rock and Roll Hall of Fame de Cleveland.

Aretha fue una activista que luchó por la igualdad racial y por los derechos de la mujer, lo que no era fácil en los años 60 y 70. Sus más de 50 álbumes testimonian el talento y la inspiración de la que fue considerada por votación de 180 periodistas especializados en la revista Rolling Stone como la mejor cantante del siglo XX por delante de Ray Charles y Elvis Presley.

Alfred Hitchcock o el vértigo de existir

Si tuviera que elegir el mejor director de la historia del cine, dudaría entre tres o cuatro nombres. Pero finalmente me inclinaría por Alfred Hitchcock.

Cada vez que veo sus películas, descubro nuevos matices que no había captado. La aparente sencillez de las tramas no es más que un velo que difumina la complejidad de los personajes. Nada es como parece en sus filmes.

Hitchcock tiene una docena de películas que son verdaderas obras maestras, algo que ni siquiera se puede decir de John Ford. Y, si debo optar por una, mi elección sería *Vértigo*, estrenada en 1958. Fue el trabajo elegido por José Luis Garci para iniciar la segunda temporada de Classics en Trece TV.

Como se sabe, la película cuenta la historia de un hombre obsesionado con una mujer que ha sido asesinada y a la que se empeña en revivir. *Vértigo* resulta puro psicoanálisis llevado al cine, pero también es un *thriller*, una tragedia shakesperiana y una declaración de amor a la ciudad de San Francisco, recreada con la estética de Hopper.

De lo que no había sido consciente hasta ver la película por cuarta o quinta vez es que hay en *Vértigo* una reflexión metafísica sobre la condición humana e, incluso, una indagación filosófica sobre la existencia. Esto ya lo había

expresado Eugenio Trías en un magnífico libro, que yo había leído, pero que no había entendido.

Scottie, el personaje magistralmente interpretado por James Stewart, es un expolicía fracturado y atormentado por el vértigo, neurosis que refleja su vacío existencial. Todo cambia cuando conoce a Madeleine, encarnada por Kim Novak, de la que enamora perdidamente.

La película está contada en clave onírica, como una especie de sueño de Scottie. Hay en el relato una confusión deliberada entre la realidad y la ficción. Lo que vemos en la pantalla parece una alucinación de la mente del protagonista, para lo cual Hitchcock utiliza filtros en la cámara y una estructura narrativa en la que el tiempo se estira y se comprime.

La perplejidad que sentimos como espectadores es la del filósofo que intenta encontrar un sentido a la existencia. Nada es seguro detrás de la engañosa apariencia de las secuencias de *Vertigo*. Y Scottie parece movido por la mano invisible de un destino que no puede controlar y del que es un juguete.

No es la razón la que guía sus actos, sino la pasión, una pasión que nace de su carencia de ser y que busca colmarse en la figura idealizada de Madeleine. El cine remite a la vida y a la imposibilidad de encontrar un sentido. Y las imágenes se convierten en una metáfora del arrojamiento al mundo y de la familiaridad con la nada de la existencia. Solo en el deseo imposible por la misteriosa mujer Scottie consigue superar ese vértigo que expresa una ausencia que ni ella ni nadie podrá llenar.

Americano, judío, hombre

Philip Roth, fallecido esta semana en Nueva York, nos legó una extensa obra en la que profundiza en la contradicción entre las pulsiones humanas y las convenciones sociales

Philip Roth se ha ido de este mundo sin ver satisfecho el último deseo que le quedaba tras décadas de homenajes, premios y reconocimientos: el Nobel de Literatura. Murió en Nueva York en la madrugada del pasado miércoles tras fallarle su débil corazón cuando tenía 85 años.

“Todos los talentos tienen sus límites, su alcance y su fuerza. Pero también su final”, declaró a *The New York Times* en su última entrevista en enero, en la que reconocía que se estaba adentrando en “el Valle de las Sombras”. Confesaba que levantarse cada día le parecía un milagro: “Sobrevivir cada noche es un éxito. Pensarlo me hace sonreír. Me encanta seguir vivo. Veremos cuánto me dura la suerte”.

Nacido en una familia judía en Newark, a pocos kilómetros de Nueva York, su padre era un ejecutivo de la compañía de seguros Metropolitan Life, que abandonó tras ser marginado por su estricta observancia religiosa. Su madre dedicó todo su tiempo a educar a sus dos hijos, aunque Roth se quejaría en su madurez de que en su casa solo había tres libros, pese a lo cual decidió estudiar inglés y luego literatura en Chicago.

Roth era un vitalista marcado por dos obsesiones: el sexo y la escritura. Por eso la novela que mejor refleja su personalidad es *El lamento de Portnoy*, publicada en 1969, en la que un joven judío, muy apegado a su madre, da rienda suelta a sus obsesiones masturbatorias y sus dificultades para ser comprendido por las mujeres. La obra fue acogida por algunos críticos como una provocación de mal gusto, especialmente por su condición de judío de origen ucraniano.

“No me gusta que me digan que soy un escritor judío. Soy simplemente americano”, apostillaba Roth, que creó el personaje de Nathan Zuckerman como una especie de *alter ego* desde el que analizaba y fustigaba el *American Way of Life*, un estilo de vida en el que la prosperidad y el culto a lo material solo contribuían a agudizar las frustraciones íntimas de los individuos.

En *La mancha humana* (2000), una de las tres novelas de su *Trilogía Americana*, Zuckerman narra cómo la carrera universitaria de un profesor se viene abajo al ser acusado de racismo por una expresión desafortunada que choca con lo políticamente correcto. La confrontación de lo que uno siente y desea con las convenciones sociales constituye el motivo central de la obra de Roth, que en una entrevista realizada en 1985 apuntaba que sus libros giraban en torno “a la tensión entre el hambre de libertad personal y las fuerzas de la inhibición”.

Aunque su manera de escribir distaba mucho de la de su amigo Saul Bellow, existe un gran paralelismo entre los protagonistas de sus obras, en las que abundan los varones blancos judíos, siempre interesados por el sexo, el dinero o las ideas políticas y que fracasan en sus relaciones con las

mujeres. Ambos eran también escritores urbanos y querían reflejar en sus textos la realidad cambiante de la sociedad americana.

Roth estuvo casado con Margaret Martinson, a la que conoció en Chicago cuando daba clases en esa ciudad y mantenía una estrecha amistad con Bellow. Margaret se caracterizaba por una personalidad autodestructiva y la tormentosa relación solo duró cuatro años. Se separaron en 1963. Margaret murió en un accidente de coche en 1968. Su exesposa inspiraría novelas como *Mi vida como hombre*, escrita pocos años después de su trágico fallecimiento. Nada volvería a ser igual en la vida de Roth, que atravesaría una fuerte depresión en los años 80.

Ello no le impidió seguir con su brillante carrera literaria, acumulando premios como el Pulitzer, el National Book Award en dos ocasiones, el PEN/Faulkner, el Booker, la Medalla Nacional de las Artes y el Princesa de Asturias en 2012. Roth siempre fue un escritor muy valorado por la crítica de suerte que, en una encuesta realizada por el suplemento literario del *Times*, seis de los 22 mejores libros publicados en el último cuarto de siglo eran suyos. Ningún autor ha tenido tanto reconocimiento en vida.

Cumplidos los 60 años y cuando muchos creadores pierden su inspiración, Roth escribió *Pastoral americana* y *Me casé con un comunista*, dos trabajos en los que late una profunda inquietud política y que abordan el deterioro del sueño americano. Roth era un estudioso de la historia de Estados Unidos, un tema que aparece en algunos de sus ensayos.

Igualmente está casi siempre presente en su trayectoria la reflexión sobre la condición judía en la sociedad americana,

en la que es fácil captar un choque de los valores del puritanismo en los que el autor había sido educado con la libertad sexual que emergió en América a partir de los años 60. A pesar de que se enfadaba cuando le preguntaban sobre la influencia del judaísmo en sus libros, no hay la menor duda de que la literatura de Roth no se puede entender sin sus orígenes familiares y sin su vinculación a esa cultura.

Roth nunca fue cuestionado por su talento, pero muchos le acusaron de ser machista y egocéntrico, de crear un universo que era la expresión de sus propios prejuicios. “Bellow y Updike dirigieron sus focos hacia el mundo para contar como era. Yo cavé un agujero en el suelo y dirigí mi mirada hacia él”, declaró Roth. Sus palabras son un buen resumen de su obra porque siempre quiso profundizar en ese lado oscuro, en esos demonios que se agitaban en su interior y que exorcizó a través de la escritura.